

detuvo en San Juan de Acre, le quitó sus últimos navíos en Trafalgar, le obligó á abandonar la Iberia, se apoderó del Mediodía de Francia hasta el Garona, y le esperó en Waterloo. Ella conserva aun su tumba en Santa Elena, así como se apoderó de su cuna en Córcega.

El 5 de mayo de 1808 el tratado de Bayona cedió á Napoleón, á nombre de Carlos IV, todos los derechos de este monarca. El rapto de la España hizo de Napoleón un príncipe de Italia semejante á Maquiavelo, salva la enormidad del robo. La ocupacion de la península disminuyó sus fuerzas contra Rusia, de la que era aun ostensiblemente amigo y aliado, aunque la odiaba en el fondo de su corazón. En su proclama, Napoleón dijo á los españoles: — «Vuestra nacion perecia: he visto vuestros males, y voy á poner remedio á ellos: quiero que vuestra posteridad conserve mi recuerdo y que diga: *él fue el regenerador de nuestra patria.*» Con efecto, él fue el regenerador de la España, pero pronunciaba palabras cuyo sentido no comprendía bien. Un catecismo de aquella época, compuesto por los españoles, explica el verdadero sentido de la profecía.

— «Dime, niño, ¿qué eres?—Español, por la gracia de Dios.—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?—El emperador de los franceses.—¿Quién es este?—Un perverso.—¿Cuántas naturalezas tiene?—Dos: la naturaleza humana y la naturaleza diabólica.—¿De quién se deriva Napoleón?—Del pecado.—¿Qué suplicio merece el español que falta á sus deberes?—La muerte y la infamia de los traidores.—¿Quiénes son los franceses?—Antiguos cristianos convertidos en herejes.»

Bonaparte, despues de su caída, condena, en términos nada equívocos su empresa de España: «Llevé muy mal, dice, todo este negocio, *la inmoralidad de haberse demasado patente, y la injusticia de un cinico*, quedando un todo informe, puesto que he sucumbido; porque el *atentado* no se presenta sino bajo su vergonzosa desnudez, y privado de la grandiosidad y de los inmensos beneficios amontonados en mis intenciones. Sin embargo, la posteridad lo hubiera preconizado si hubiese llevado a cabo mi plan, y tal vez con razon, atendiendo á sus grandes y felices resultados. Esta combinacion me ha perdido. He destruido mi moralidad en Europa y abierto una escuela á los soldados ingleses. Esa desgraciada guerra de España ha sido una verdadera llaga, y la causa primitiva de la desgracia de la Francia.»

Esta confesion (empleando la misma frase de Napoleón) *es demasiado cinica*, pero no puede engañarnos: al acusarse de este modo, Bonaparte se lleva la mira de presentar un atentado aisladamente, á fin de causar una admiracion no interrumpida con todas sus demás acciones.

Perdida la jornada de Bailen, los gabinetes europeos, asombrados del triunfo de los españoles, se avergonzaron de su propia pusilanimidad. Wellington aparece por primera vez en el horizonte, en el momento en que el sol descende á su ocaso; desembarca un ejército inglés cerca de Lisboa el 31 de julio de 1808, y el 30 de agosto las tropas francesas desocupan la Lusitania. Soult tenia proclamas en que se intitulaba Nicolás I rey de Portugal. Napoleón llamó de Madrid al gran duque de Berg. Antojósele hacer un cambio entre José, su hermano, y Joaquin, su cuñado; tomó la corona de Nápoles de la cabeza del primero, y la colocó sobre la del segundo; hundió la regia insignia sobre las cabezas de los dos nuevos reyes que se marcharon cada uno por su lado, como dos conscriptos que han cambiado de shako.

Bonaparte dió en Erfurt el 22 de setiembre una de las últimas representaciones de su gloria. Creía haberse burlado de Alejandro y haberle engraido con sus elogios. Cierta general escribia: «Acabamos de hacer

tragar un vaso de opio al czar, y en tanto que duerme iremos á ocuparnos de otro asunto.»

Un cohertizo habia sido convertido en teatro; dos sillones de brazos se hallaban colocados delante de la orquesta, y destinados á los dos potentados; á izquierda y á derecha habia sillas para los monarcas; detras habia banquetas para los príncipes. Talma, rey de la escena, representaba ante un parterre de reyes. Al pronunciar el verso:

«L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux.»

«La amistad de un hombre grande es un beneficio de los dioses;»

Alejandro apretó la mano de su *gran amigo*, y se inclinó diciendo: — «Nunca lo he conocido tanto como hoy:»

Alejandro era entonces un necio á los ojos de Bonaparte, y este se reia de él; cuando le creyó un malvado, le admiró. — «Es un griego del bajo imperio, decia, y se debe desconfiar de él.» En Erfurt, Napoleón afectaba la falsedad descarada de un soldado vencedor; Alejandro disimulaba como un príncipe vencido; la astucia luchaba contra la mentira; la política de Oriente y la de Occidente conservaban sus respectivos caracteres.

Londres eludia las proposiciones de paz que se le hicieron, y el gabinete de Viena se preparaba disimuladamente para la guerra. Entregado nuevamente á su imaginacion, Bonaparte hizo esta manifestacion al cuerpo legislativo el 26 de octubre:

«El emperador de Rusia y yo hemos tenido una entrevista en Erfurt: nos hallamos de acuerdo é invariablemente unidos, así para la paz como para la guerra.» Y añadió: «Cuando yo aparezca *al otro lado* de los Pirineos, el leopardo asentado se arrojará en el Océano para evitar la vergüenza, la derrota ó la muerte.» Y á pesar de esto, el leopardo se presentó en el *lado de acá* de los Pirineos.

Napoleón, que siempre creia lo que deseaba, pensó poder volver á Rusia despues de haber acabado de someter la España en cuatro meses, como llegó despues á la legitimidad; consecuente con este proyecto retiró ochenta mil veteranos de Sajonia, Polonia y Prusia, y marchó con ellos á España, diciendo á la diputacion de Madrid: — «No hay obstáculo alguno que pueda retardar por mucho tiempo la ejecucion de mi voluntad. Los Borbones no pueden ya reinar en Europa, y no puede existir en el continente ningún poder que reciba influencias de la Inglaterra.»

Hace treinta y dos años que se pronunció este oráculo, y la toma de Zaragoza, desde el 21 de febrero de 1809, anunció la libertad del universo.

Todo el valor de los franceses fue inútil: las selvas se armaron; los arbustos se tornaron en enemigos. Las represalias no servian de nada, porque en aquel país las represalias son una cosa corriente. La jornada de Bailen; la defensa de Gerona y de Ciudad-Rodrigo iniciaron la resurreccion de un pueblo. El marqués de la Romana, del fondo del Báltico trajo sus regimientos á España, como en otro tiempo los franceses escapados del mar Negro desembarcaron triunfantes en la embocadura del Rin. Vencedores de los mejores soldados de Europa, vertiamos la sangre de los frailes con aquel furor impio que la Francia debía á los sarcasmos de Voltaire y á la demencia del terror. Y, sin embargo, esta milicia del claustro fue la que puso un término á los triunfos de nuestros soldados veteranos: no esperaban estos hallar aquella falange de hábitos, cabalgando como dragones de fuego sobre las abrasadas vigas de los edificios de Zaragoza, cargando las escopetas entre las llamas, al son de las bandurrias, al canto de las boleras y del *requiem* de la misa de los difuntos. Las ruinas de Sagunto aplaudieron.

Pero sin embargo, el secreto de los palacios de los reyes, cambiados en basílicas cristianas, fue descubierta: las iglesias, saqueadas, perdieron sus obras maestras de Velazquez y Murillo: una parte de los huesos de Rodrigo desapareció de Burgos: creíanse tan cubiertos de gloria, que no temian levantar contra sí los restos del Cid, así como no se habia temido irritar la sombra de Condé.

Cuando saliendo de las ruinas de Cartago atravesé la Hesperia, antes de la invasion de los franceses, vi á los españoles protegidos aun por sus antiguas costumbres. El Escorial me puso á la vista en un solo punto y en un solo momento la severidad de Castilla: asilo de cenobitas, construido por Felipe II en forma de la parrilla de un mártir, en conmemoracion de uno de nuestros desastres, elevábase el Escorial sobre un suelo compacto y oscuro. Guardaba las tumbas de los reyes pasados y venideros, una biblioteca que las arañas habian marcado con su sello, y las obras maestras de Rafael enmohecándose en una sacristia desierta. Sus mil ciento cuarenta ventanas se abrian sobre los espacios mudos del cielo y de la tierra: la corte y los cenobitas reunian allí en otro tiempo el siglo y el cansancio del siglo.

Al lado del inmenso edificio, de aspecto inquisitorial, habia un jardin estriado de retamas, y un pueblo cuyos hogares, ennegrecidos por el humo, revelaban el antiguo paso del hombre. Aquel Versalles estéril no se poblaba sino durante la estancia intermitente de los reyes. Allí he visto á los tordos anidados en los techos ruinosos. Nada hay mas imponente que esa arquitectura santa y sombría, de invencibles creencias, de elevado aspecto y de taciturna experiencia: una fuerza irresistible hacia fijar mis miradas sobre las salientes pilastras de piedra que llevaban á la religion sobre su cabeza.

¡Adios monasterios, sobre los que dirigí una mirada en los valles de Sierra-Neveda, y desde las playas de Murcia! Allí, al sonido de una campana que pronto dejará de sonar bajo los arcos ruinosos, entre los cánticos sin anacoretas; entre los sepulcros sin voz, y entre los muertos sin manes; allí, en aquellos refectorios vacíos, en aquellos patios á que Bruno legó su silencio, Francisco sus sandalias, Domingo su antorcha, Carlos su corona, Ignacio su espada y Rancé su cilicio, en el altar de una fe que se extingue, acostumbrábase á despreciar el tiempo y la vida; y si aun agitaban el corazón los sueños de las pasiones, vuestra soledad les daba un modo de ser que se unia bien á la vanidad de los sueños.

Al través de aquellas construcciones fúnebres, veíase cruzar la sombra de un hombre enlutado era la sombra de Felipe II, su fundador.

PIO VII. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS Á LA FRANCIA.

Habia Bonaparte entrado en la órbita del que los astrólogos llaman *planeta de paso*. La misma política que le conducia á España vasalla, agitaba á la Italia sometida. ¿Qué mas deseaba del clero? El soberano pontífice, los obispos, los sacerdotes, el catecismo mismo, ¿no abundaban en elogios de su poder? ¿No predicaban demasiado su obediencia? ¿Eran acaso un obstáculo los pobres Estados Romanos disminuidos en una mitad? ¿No disponia de ellos á su antojo? La misma Roma, ¿no habia sido despojada de sus obras maestras y de sus tesoros, no quedándole mas que sus ruinas?

¿Tenia por ventura Napoleón el poder moral y religioso de la Santa Sede? Pero persiguiendo la dignidad pontificia, ¿no aumentaba este poder? El sucesor de San Pedro, sometido como estaba, ¿no le era mucho mas útil, obrando de concierto con su digno, que

hallándose obligado á defenderse contra el opresor? ¿Qué era pues lo que impulsaba á Napoleón? Su genio malo, su imposibilidad de permanecer en reposo: eterno jugador, cuando no ponía los imperios á una carta, apuntaba una idea fantástica.

Es probable que en el fondo de estos enredos hubiese algun deseo de dominio, algunos recuerdos históricos cruzando por su mente, recuerdos inaplicables al siglo. Cualquiera autoridad (aun la del tiempo y la de la fe) que no fuese inherente á su persona pareciale una usurpacion. La Rusia y la Inglaterra acrecian su sed de preponderancia, la una por su autocracia, la otra por su supremacia intelectual. Recordaba los tiempos en que los papas habitaban en Aviñon, en que la Francia encerraba dentro de sus límites la dominacion religiosa; habiérale complacido en extremo tener un papa á expensas de la nacion. No conocia que persiguiendo á Pio VII, y haciéndose culpable de una ingratitud sin objeto, perdia para con las poblaciones católicas la ventaja de pasar por el restaurador de la religion, y ganaba en cambio el último vestido del caduco sacerdote que le habia coronado, y el honor de ser el carcelero de un anciano moribundo. Pero en fin, Napoleón necesitaba un *departamento del Tiber*: diríase que no creia completa su conquista sino apoderándose de la ciudad eterna: Roma es siempre el gran despojo del universo.

Pio VII habia consagrado á Napoleón. Próximo á volver á Roma, diósele á entender el papa que era muy fácil el retenerle en París: — «Todo está previsto, respondió el pontífice; antes de dejar la Italia he firmado una abdicacion en toda forma, que se halla en poder del cardenal Pignatelli, en Palermo, y fuera del dominio de la Francia. En vez de una papa, solo retendreis á un sacerdote llamado Bernabé Chiaromonte.»

El primer pretexto de queja del descontentadizo Bonaparte fue el permiso concedido por el papa á los ingleses (con los que se hallaba en paz el pontífice) para que pudiesen ir á Roma como los demás extranjeros.

Ademas, habiéndose casado Gerónimo Buenaparte con la señorita Paterson, Napoleón desaprobó este enlace: la esposa de Gerónimo, próxima á dar á luz un hijo, no pudo desembarcar en Francia, y fue obligada á pasar á Inglaterra. Bonaparte quiso que se anulara en Roma aquel matrimonio, y Pio VII se negó á ello, no hallando en él ningún motivo de nulidad aun cuando fue contraído entre un católico y una protestante. ¿Quién defendia los derechos de la justicia, de la libertad y de la religion, del papa ó del emperador? Este decia: — «Veo en mi siglo un sacerdote mas poderoso que yo: él reina sobre el espíritu, y yo no reino mas que sobre la materia; los sacerdotes se reservan el alma y me dejan un cadáver.» Sepárese la mala fe de Napoleón de la correspondencia de entre dos hombres, uno de pié sobre las nuevas ruinas, el otro sentado sobre las ruinas antiguas, y se descubrirá un fondo extraordinario de grandeza.

Una carta, fechada de Benavente (España), desde el teatro de la destruccion, viene á mezclar lo cómico á lo trágico, y se cree uno transportado á la escena de Shakspeare: al señor del mundo manda á su ministro de Negocios Extranjeros que escriba á Roma para que declare el papa que él no aceptaba los cirios de la Candelaria; que el rey de España, José, hacia lo mismo, y que los reyes de Nápoles y de Holanda, Joaquin y Luis, se negarian tambien á admitirlos.

El cónsul de Francia recibió la órden de decir á Pio VII: — «Que no era ni la púrpura ni el poder lo que daba valor á tales cosas (¡la púrpura y el poder de su anciano prisionero!); que puede haber un infierno para los papas y los curas, y que un cirio bendecido por un cura puede ser tan santo como el del papa.» Injurias miserables de una filosofía de club.

Después de esto, Bonaparte, habiendo pasado de Madrid á Viena, y volviendo á representar su papel de exterminador, por un decreto del 17 de mayo de 1809 reúne los Estados de la Iglesia al imperio francés, declara á Roma ciudad imperial libre, y nombra una *comision* para tomar posesion de ella.

El papa, desposeido, resistia aun en el Quirinal; tenia aun influencia sobre algunas autoridades que le eran afectas, y mandaba todavía algunos suizos de su guardia; esto era demasiado, y era necesario buscar un pretexto para disculpar una última violencia; hallósele en un incidente ridiculo, que ofrecia sin embargo una prueba de sencilla adhesion: unos pescadores del Tiber habian cogido un esturion; quisieron llevarlo á su nuevo San Pedro á Liens; pero en el mismo momento los agentes franceses gritan:—*¡A los amotinados!* y fue dispersado lo poco que quedaba del gobierno pontificio. El ruido del cañon del castillo de San Angelo anunció la caída de la soberanía temporal del papa. La bandera pontificia hizo lugar á la bandera tricolor, que anunciaba la gloria y las ruinas en todas las partes del mundo. Habia visto Roma pasar y desvanecerse otras muchas tempestades que no han hecho mas que quitar el polvo de que se halla cubierta su vieja cabeza.

PROPUESTA DEL SOBERANO PONTÍFICE.—ES TRANSPORTADO DE ROMA.

El cardenal Pacca, uno de los sucesores de Consalvi, que se habia retirado, corrió al lado del santo padre. Ambos exclamaron:—*¡Consumatum est!* El sobrino del cardenal, Tiberio Pacca, llevaba un ejemplar impreso del decreto de Napoleon; el cardenal toma el decreto, se acerca á una ventana, cuyas hojas cerradas dejaban entrar muy poca luz, é intenta leer el papel; consíguelo con mucho trabajo, viendo á algunos pasos á su desgraciado soberano, y oyendo el cañon que anunciaba el triunfo imperial. Dos ancianos, en medio de la oscuridad del palacio romano, luchaban solos contra un poder que oprimia al mundo: sacaban el vigor de su edad: cuando la muerte está próxima, el hombre es invencible.

El papa firmó desde luego una protesta solemne; pero antes de firmar la bula de excomunion, preparada hacia mucho tiempo, preguntó al cardenal Pacca: «¿Qué es lo que haríais vos?»—Levantad los ojos al cielo, contestó el fiel servidor, y después dad vuestras órdenes: lo que diga vuestra boca será lo que el cielo quiera.» El papa alzó los ojos, firmó, y exclamó:—«¡Dad curso á la bula!»

Megacci fijó los primeros ejemplares de la bula en las puertas de las tres basílicas de San Pedro, de Santa María la Mayor, y de San Juan de Letran; pero fueron arrancados, y el general Miollis envió uno al emperador.

Si alguna cosa podia dar su antiguo prestigio á la excomunion, era la virtud de Pio VII: entre los antiguos, el rayo era tanto mas terrible, cuanto brillaba en un cielo mas sereno. Pero la bula tenia un cierto carácter de debilidad. Napoleon, comprendido entre los *espoliadores* de la Iglesia, no se hallaba *expresamente* nombrado en ella. Habia mucho miedo en aquella época, y los tímidos se refugiaron con la conciencia tranquila en esta ausencia de excomunion nominal. Era preciso combatir con violencia: devolver rayo por rayo, y ya que se habia tomado el partido de defenderse, debieron haber hecho cesar el culto, cerrar las puertas de los templos, poner en interdiccion las iglesias, y prohibir á los sacerdotes administrar los sacramentos. Que el siglo fuese ó no sensible á un acto de esta importancia, debia sin embargo haberse hecho la prueba: Gregorio VII no hubiera dejado de hacerla. Si por una parte no habia la fe sufi-

ciente para apoyar una excomunion, la habia mucho menos para que Bonaparte, semejante á Enrique VIII, se hiciese jefe de una Iglesia separada. El emperador, con una completa excomunion, se habria encontrado en compromisos inmensos: la violencia puede erigir iglesias, pero no puede abrirlas; no podrian obligar al pueblo á la oracion, ni al sacerdote á ofrecer el santo sacrificio de la misa. En ningun tiempo se han empleado contra Napoleon todas las armas de que se pudiera haber echado mano.

Un sacerdote de setenta y un años, y sin un soldado, tenia en gran peligro al imperio. Murat envió setecientos napolitanos á Miollis, el inaugurador de la fiesta de Virgilio en Mantua. Radet, general de la gendarmería, que se hallaba en Roma, fue el encargado de apoderarse del papa y del cardenal Pacca. Tomáronse las precauciones militares convenientes; se dieron instrucciones con el mayor secreto y con tanta exactitud como en la noche de la de Saint-Barthelemy: cuando diera la una el reloj del Quirinal, las tropas, reunidas en silencio, debian escalar intrépidamente la cárcel de los dos ancianos sacerdotes.

A la hora indicada, el general Radet penetró en el patio del Quirinal, por la entrada principal: el coronel Siry, que se introdujo anticipadamente en el palacio, le abrió las puertas. El general subió á las habitaciones, y cuando hubo llegado á la sala de las consagraciones, se encontró con la guardia suiza, que constaba de cuarenta hombres; esta no hizo resistencia alguna, pues habia recibido órdenes de no hacerla: el papa no queria tener mas apoyo que el de Dios.

Las ventanas del palacio que daban á la calle que conduce á la Porta-Pia habian sido abiertas á hachazos. El papa, que se habia levantado apresuradamente, se hallaba vestido con el roquete y la muceta en la sala de audiencia, con el cardenal Pacca, el cardenal Despuig, algunos prelados, y los empleados de la secretaría. Hallábase sentado delante de una mesa, entre los dos cardenales. Radet entra, y de un lado y de otro se guaró el mas profundo silencio. Radet, pálido y desconcertado, tomó por fin la palabra: declaró á Pio VII que debe renunciar á la soberanía temporal de Roma, y que si su santidad se negaba á obedecer, tenia orden de entregarlo al general Miollis.

El papa respondió que si los juramentos de fidelidad obligaban á Radet á obedecer las órdenes de Bonaparte, con mayor razon, él, Pio VII, debia guardar los juramentos que habia pronunciado al recibir la tiara, que él no podia ceder ni abandonar el dominio de la Iglesia, que no le pertenecia, y del cual no era mas que un administrador.

Habiendo el papa preguntado si habia de ir solo, le respondió el general:—«Vuestra santidad puede llevar consigo á su ministro.»

Pacca corrió á un aposento vecino á ponerse su traje de cardenal.

Gregorio VII, al celebrar los oficios en Santa María la Mayor, en la noche de Navidad, fue arrancado del altar, herido en la cabeza, despojado de sus ornamentos, y conducido á una torre por orden del prefecto Cencio. El pueblo acudió á las armas: Cencio cayó asustado á los piés de su cautivo; Gregorio apaciguó el motin, y llevado de nuevo á Santa María, acabó de celebrar los oficios.

El 8 de setiembre de 1303 entraron Nogaret y Colonne de noche en Agnani, y forzaron la casa de Bonifacio VIII, el cual los aguardaba con el manto pontificio sobre los hombros, la cabeza ceñida con la tiara, y las manos armadas con las llaves y la cruz. Colonne le abofeteó: Bonifacio murió de rabia y de dolor.

El humilde y digno Pio VII no mostró ni la misma audacia humana ni el mismo orgullo mundanal; tenia los ejemplos mas cerca de sí; sus amarguras se pa-

recian á las de Pio VI. Dos papas del mismo nombre, sucesor uno de otro, han sido víctimas de nuestras revoluciones; ambos se vieron arrastrados á Francia por la *senda dolorosa*: el uno fué á espirar á los ochenta y dos años en Valence, el otro sufrió, ya septuagenario, un encarcelamiento en Fontainebleau. Pio VII parecia el espectro de Pio VI, que pasaba por el mismo camino.

Cuando volvió Pacca vestido con su traje de cardenal, encontró á su agosto amo en manos de los esbirros y gendarmes, que le obligaban á bajar por las escaleras, cubiertas con restos de puertas derribadas. Pio VI, sacado del Vaticano en 20 de febrero de 1800, tres horas antes de salir el sol, abandonó aquel mundo de obras maestras que parecia llorar por su ausencia, y salió de Roma, en medio del murmullo de las fuentes de la plaza de San Pedro, por la puerta Angélica. Pio VII, sacado del Quirinal el 16 de julio al rayar el dia, salió por la Porta-Pia y dió la vuelta á las murallas hasta la puerta del Pópolo: la Porta-Pia, por la que tantas veces le salido solo á paseo, es la misma por donde Alarico entró en Roma. Al discurrir por la ronda que habia dado paso á Pio VII, no veia ya hacia la parte de la Villa-Borghese mas que la morada de Rafael, y hacia el lado del monte Pincio los asilos de Claudio Lorrain y del Poussin: maravillosos recuerdos de la belleza de las mujeres y de luz de Roma; recuerdos del genio de las artes, protegido por el poder pontificio, y que podian acompañar y consolar á un príncipe cautivo y despojado.

Cuando Pio VII salió de Roma, llevaba en el bolsillo un *papetto* de veinte y dos sueldos, como el soldado que lleva sus cinco sueldos por marcha: después ha recobrado el Vaticano. Bonaparte, cuando ocurrían estas proezas del general Radet, tenia las manos llenas de reinos, ¿y qué le ha quedado? Radet ha dado á la prensa la narracion de sus hazañas, y las ha mandado colocar en un cuadro que dejó en herencia á su familia. ¡Tan trastornadas están en los ánimos las nociones del honor y de la justicia!

El papa encontró en los patios del Quirinal á los napolitanos, sus opresores, y los bendijo de igual manera que á la ciudad; esta bendicion apostólica, que en todo se mezcla, lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, presta un carácter particular á los acontecimientos de la vida de los reyes pontifices, que los hace diferenciarse de los demás reyes. Algunos caballos de posta se hallaban aguardando fuera de la puerta del Pópolo: las persianas del carruaje adonde subió Pio VII estaban clavadas en el lado en que él se sentó. Luego que entró el papa fueron cerradas las portezuelas con dos vueltas, y Radet se guardó las llaves en el bolsillo. El jefe de los gendarmes debia acompañar á su santidad hasta la Cartuja de Florencia.

En Monterossi estaban llorando algunas mujeres á las puertas de sus casas. El general rogó á su santidad que bajase las cortinillas del carruaje para ocultarse. Hacia un calor excesivo: por la tarde Pio VII pidió de beber: el sargento de caballería Caudignil le llevó una botella en un manantial del camino, y el papa la apuró con placer. En la montaña de Radicofani lizo alto su santidad en una pobre posada; llevaba los vestidos empapados en sudor, y no tenia con qué mudarse. Pacca ayudó á la criada á hacerle la cama. Al otro dia encontró el papa á algunos aldeanos, y les dijo:—«Valor y oraciones.» Pasaron por Siena, y al entrar en Florencia se rompió una rueda del coche: el pueblo clamaba conmovido:—«¡Santo padre, santo padre!» El papa fue sacado del carruaje volcado por una portezuela: unos se prosternaban, otros tocaban los vestidos de su santidad, como el pueblo de Jerusalem tocó la túnica de Cristo.

Por fin pudo el papa ponerse en camino para la Cartuja, en cuya soledad heredó el lecho que Pio VI ha-

bia ocupado diez años antes, cuando dos palafreneros subian á aquel pontífice á su carruaje arrancándole gemidos de dolor. La Cartuja pertenecia á la posesion de Vallumbrosa; por una serie de pinares se llegaba á las Camaldulas, y de allí de peñasco en peñasco á la cumbre del Apenino, desde donde se descubren los dos mares: una orden repentina obligó á Pio VII á salir para Alejandria, sin darle tiempo mas que para pedir un breviario al prior. Pacca fue separado del soberano pontífice.

De la Cartuja á Alejandria acudió al camino inmensa muchedumbre. Quién arrojaba flores al cautivo, quién le daba agua ó le ofrecia frutas: aquellos aldeanos pretendian libertarle, y le decian:—«*Vuole, dica.*» Un piadoso ladron le hurtó un alfiler, reliquia que debia abrir al raptor las puertas del cielo.

A tres millas de Génova entró el papa en una litera que le condujo á orillas del mar, y desde allí una falua le transportó al otro lado de la ciudad, á San Pedro de Arena. Pio VII llegó por el camino de Alejandria y de Mondovi á la primera poblacion francesa, donde fue recibido con arrebatos de religiosa ternura: al presenciarla decia:—«¿Por ventura, puede Dios ordenarnos que parezcamos insensibles á estas muestras de afecto?»

Los prisioneros españoles de Zaragoza estaban detenidos en Grenoble, y así como esas guarniciones de europeos que viven olvidadas en algunas montañas de las Indias, cantaban durante la noche haciendo resonar en climas extranjeros las tonadas de la patria: de improviso llega el papa, como si hubiera oido aquellas voces cristianas: los cautivos vuelan al encuentro del nuevo compañero de opresion, y caen de rodillas: Pio VII saca casi todo el cuerpo fuera del carruaje, y tiende sus manos descarnadas y trémulas sobre aquellos guerreros que habian defendido con la espada en la mano la libertad de España, como él la de Italia, con la fe: ambas espadas se cruzan sobre cabezas heroicas.

Desde Grenoble fué conducido Pio VII á Valence. En aquel sitio espiró Pio VII, y allí habia exclamado cuando lo presentaron al pueblo:—«*Ecce homo!* Allí Pio VI se separó de Pio VII; el muerto, hallando su tumba, se metió en ella; él fue quien hizo cesar la doble aparicion, pues hasta entouces se habian visto dos papas marchar juntos, así como la sombra acompañaba al cuerpo. Pio VII llevaba el anillo que Pio VI tenia en el dedo cuando espiró, como en señal de haber aceptado las desgracias y el destino de su antecesor.

A dos leguas de Comana, San Crisóstomo se hospedó en los establecimientos de San Basilio: durante la noche se le apareció este mártir, y le dijo:—«Animo, hermano mío Juan; mañana estaremos juntos.» Juan contestó:—«¡Alabado sea Dios por todo!» Tendióse en tierra, y murió.

En Valence empezó Bonaparte la carrera, desde la que se lanzó sobre Roma. No dejaron á Pio VII el tiempo suficiente para visitar las cenizas de Pio VI, y le trasladaron apresuradamente á Aviñon: esto era hacerle entrar en la pequeña Roma; él pudo ver allí la nevera en los subterráneos del palacio de otra línea de pontífices y oír la voz del anciano poeta coronado que llamaba á los sucesores de San Pedro al Capitolio.

Conducido al acaso, volvió á entrar en los Alpes marítimos quiso atravesar á pié el puente del Var. Allí encontró la poblacion dividida por oficios; los eclesiásticos vestidos con sus trajes sacerdotales, y diez mil personas de rodillas guardando el mas profundo silencio. La reina de Etruria con sus dos hijos, tambien de rodillas, esperaba al santo padre en la extremidad del puente. En Niza las calles se hallaban sembradas de flores. El comandante que llevaba al papa á Savone tomó por la noche un camino desusado por medio de

los bosques; pero, con gran admiración suya, se halló en medio de una iluminación solitaria; cada árbol presentaba un candil. La ribera del mar y la Corniche se hallaban iluminadas del mismo modo; los buques vieron desde lejos aquellos faros que el respeto, el cariño y la piedad encendían por el naufragio de un sacerdote cautivo. ¿Volvió de esta manera Napoleón de Moscú? ¿Iba precedido del boletín de sus buenas obras y de las bendiciones de los pueblos?

Durante aquel largo viaje tuvo lugar la victoria de Wagram, y se decidió el matrimonio de Napoleón con María Luisa. Trece de los cardenales enviados á París fueron desterrados, y la consulta romana firmada por la Francia insistió de nuevo sobre la reunión de la Santa Sede al imperio.

El papa, detenido en Savona fatigado y hostigado por las hechuras de Napoleón, dió un breve, de que fue el principal autor el cardenal Roverella, y que permitía enviar las bulas de confirmación á algunos de los obispos nombrados. No había contado el emperador con tanta complacencia; pero desechó el breve, porque aceptándolo hubiérasele sido preciso poner en libertad al soberano pontífice. En un exceso de cólera había mandado que los cardenales desafectos dejasen la púrpura, y algunos de ellos fueron encerrados en Vincennes.

El prefecto de Niza escribió á Pio VII que le estaba prohibido tener relaciones con ninguna iglesia del imperio bajo pena de desobediencia; que él, Pio VII, había cesado de ser el órgano de la Iglesia por predicar la rebelión, y porque *su alma era toda de hiel*; que puesto que no había medio de hacerle razonable, vería cómo S. M. tenía poder bastante para destituir á un papa.

¿Era el vencedor de Marengo quien había dictado la minuta de semejante carta?

En fin, después de tres años de cautividad en Savona, el papa fue enviado á Francia el 9 de junio de 1812. Se le mandó que mudase de traje: marchando hácia Turin llegó al hospicio del Monte Cenís, en medio de la noche. Allí, próximo á espirar, recibió la Extrema-unción. No se le permitió estar allí sino el tiempo preciso para la administración del último sacramento: no quisieron que habitara cerca del cielo. Sus labios no exhalaban una queja, renovando el ejemplo de mansedumbre del mártir de Verceil. Al pié de la montaña, viendo caer el broche de la capilla del verdugo, dijo aquel hombre:—Hé aquí un broche de oro que te se acaba de caer; recógelo, y no vayas á perder lo que has ganado con tanto trabajo.»

Mientras duró la travesía de la Francia, no le fue permitido á Pio VII bajar del carruaje. Si tomaba algún alimento era dentro de él, y en las paradas le encerraban en las cocheras de la casa de postas. El 20 de junio por la mañana llegó á Fontainebleau: tres días después atravesaba el Niemen Bonaparte para empezar su expiación. El conserje se negaba á admitir al cautivo por no tener aun orden para ello; pero llegada que fue esta orden, entró el papa en la prisión: allí entró con él la justicia del cielo: sobre la misma mesa en que Pio VII apoyaba su mano desfallecida, firmó después su abdicación Bonaparte.

Si la injusta invasión de España sublevó contra Napoleón al mundo político, la ingrata usurpación de Roma le enemistó con el mundo moral: sin provecho ninguno se hizo enemigos á los pueblos y á los altares, al mundo y á Dios. Entre los dos precipicios que había abierto á las dos orillas de su vida, marchó por una estrecha calzada á buscar su destrucción al fondo de la Europa, como sobre el puente que la muerte, ayudada del mal, arrojó sobre el caos.

Pio VII no es una persona extraña á estas *Memoorias*: es el primer soberano con quien tuve que tratar en mi carrera política, empezada é interrumpida súbitamente durante el Consulado. Aun le estoy viendo

recibiéndome en el Vaticano con *El Genio del Cristianismo* abierto sobre la mesa, y en la misma estancia en que he sido admitido á los piés de Leon XII y de Pio VIII. Me complazco en recordar lo que ha sufrido: los dolores que bendijo en Roma en 1803 pagarán á los suyos con mi recuerdo una deuda de reconocimiento.

QUINTA COALICION.—TOMA DE VIENA.—BATALLA DE ESSLING.—BATALLA DE WAGRAM.—TRATADO DE PAZ FIRMADO EN EL PALACIO DEL EMPERADOR DE AUSTRIA.—DIVORCIO.—NAPOLEON SE CASA CON MARÍA LUISA.—NACIMIENTO DEL REY DE ROMA.

El 9 de abril de 1809 se formó la quinta coalición entre la Inglaterra, el Austria y la España, apoyada sordamente por el descontento de los demás soberanos. Los austríacos, quejándose de la infracción de los tratados, pasan precipitadamente el Inn en Braunau: habíaseles echado en cara su lentitud, y quisieron hacerse Napoleones; pero este modo de operar no les sentaba bien. Bonaparte, creyéndose dichoso por abandonar la España, corrió á Babiera y se puso á la cabeza de los bávaros sin esperar á los franceses: cualquier soldado era bueno para él.

Derrota en Abensberg al archiduque Luis; en Eckmühl al archiduque Carlos; ábrese camino por entre el ejército austríaco, y efectúa el paso del Salza.

Entra en Viena: el 21 y 22 de mayo presencia las terribles jornadas de Essling. El parte del archiduque Carlos dice que en el primer día doscientos ochenta y ocho piezas de artillería austríacas tiraron cincuenta y un mil cañonazos, y que en el día siguiente maniobraron mas de cuatrocientas de una y otra parte. Allí fue herido mortalmente el mariscal Lannes: Bonaparte le dijo algunas palabras, y le olvidó después; la amistad de los hombres se enfria tan pronto como la bala que los hiere.

La batalla de Wagram reasume los diferentes encuentros habidos en Alemania. Bonaparte despliega en ella todo su genio. El coronel César de Laville, encargado de ir á reparar un destrozo del ala izquierda, le halló en el ala derecha dirigiendo el ataque del mariscal Davoust. Napoleón volvió inmediatamente al lado opuesto, y repara el descalabro sufrido por Massena. Entonces, y en el momento en que se creía perdida la batalla, fue cuando, apreciando él solo las maniobras del enemigo, exclama:—Se ha ganado la batalla!» Oponer su voluntad á la victoria vacilante, y la lleva al combate como César llevaba asidos por las barbas á sus asombrados veteranos. Nuevecientas bocas de bronce despiden llamas; la llanura y las mieses arden por todas partes; desaparecen los pueblos; la acción dura doce horas. En una sola carga, Lauriston marcha al trote hácia el enemigo, al frente de cien piezas de artillería. Cuatro días después se recogían de en medio de los sembrados á los militares que habían acabado de morir abrasados por los rayos del sol, sobre las espigas pisoteadas, tendidas y pegadas entre sí con la sangre; los gusanos se habían ya apoderado de las heridas de los cadáveres primeros.

En mi juventud era costumbre el leer los comentarios de Folard y de Quischardt, de Tempelhof y de Lloyd; estudiábase el orden *profundo*, el orden en *pequeño*, y mil veces he hecho maniobrar, sobre mi mesa de subteniente, pequeños pedacitos de madera. La ciencia militar ha cambiado como todo lo demás, con la revolución; Bonaparte ha sido el inventor de la gran guerra, cuya idea le habían sugerido las conquistas de la república. Despreció las plazas fuertes, y se aventuró en los países invadidos ganando batallas repentinamente. No se ocupaba de las retiradas; marchaba siempre derecho, como esas vías romanas que pasan sin desviarse sobre los precipicios y las montañas. Dirigia todas sus fuerzas á un solo punto; después

reunía al semicírculo los cuerpos aislados, cuya línea había roto. Esta maniobra, que le pertenecía, hallábase en consonancia con la *furia francesa*; pero no hubiera tenido buen éxito con soldados menos impetuosos y menos ágiles. Hácia el final de su carrera hacia cargar la artillería y tomar los reducidos á la caballería. ¿Qué resultó de esto? Conduciendo á la Francia á la guerra, se enseñó á la Europa á marchar; no se trató ya mas que de multiplicar los medios. Las masas han equiparado las masas. En vez de cien mil hombres, se han empleado seiscientos mil; en vez de cien piezas de artillería, se han presentado quinientas: la ciencia no ha avanzado; la escala es la que únicamente se ha ensanchado. Turena sabía tanto como Bonaparte en este punto; pero no era dueño absoluto, y no podía disponer de cuarenta millones de hombres. Tarde ó temprano, será menester reducirse á la guerra civilizada, que deja á los pueblos tranquilos, en tanto que un pequeño número de soldados cumple con su deber; será menester volver á la táctica de las retiradas, á la defensa de un país por medio de plazas fuertes, á las maniobras que solo cuestan tiempo y que ahorran sangre. Estas colosales batallas de Napoleón se hallan fuera del alcance de la gloria; la vista no puede abrazar esos campos de sangre, que no producen en resumen ningun resultado proporcionado á sus catástrofes. La Europa, á no ser que sobrevengan acontecimientos imprevistos, está cansada para mucho tiempo de combates. Napoleón ha muerto la guerra exagerándola: nuestra guerra de Africa no es mas que una escuela experimental abierta para nuestros soldados.

En medio de los muertos, sobre el campo de batalla de Wagram, Napoleón dió á conocer la impasibilidad que le era peculiar, y que afectaba con el fin de parecer diferente de los demás hombres, diciendo con frialdad, ó mejor dicho, repitiendo sus palabras obligadas en tales circunstancias:—«¡Hé aquí una gran consumación!»

Cuando le recomendaban á los oficiales heridos, respondía:—«Están ausentes.» Si la virtud militar enseña algunas virtudes, también destruye muchas: el soldado demasiado humano no podría cumplir su misión; la vista de la sangre y de las lágrimas, las desgracias, los gritos del dolor deteniéndole á cada momento, destruirían en él lo que constituye á los Césares, raza que, á pesar de todo, no sería muy echada de menos.

Después de la batalla de Wagram se firmó un armisticio en Znaim. Los austríacos, por mas que digan nuestros partes, se retiraron en buen orden, y sin dejar tras sí un solo cañón servible. Bonaparte, dueño de Schönbrunn, trabajaba en asegurar la paz. «El 13 de octubre, dice el duque de Cadore, vine yo de Viena para trabajar con el emperador. Después de algunos momentos de conversacion, me dijo:—«Voy á pasar revista; esperadme en mi gabinete, y redactareis entre tanto las proposiciones.» Yo permanecí allí con Mr. de Menneval, su secretario íntimo: pero al poco rato volvió.—«El príncipe de Liechtenstein, me dijo Napoleón, ¿no os ha dicho que muchas veces le habían hecho proposiciones para asesinarme?—Sí, señor, y me ha manifestado el horror con que había rechazado estas proposiciones.—Pues bien, ahora acaban de hacer una tentativa: seguidme.» Entré con él en el salon. Había en él algunas personas que parecían muy agitadas, y que rodeaban á un joven de unos diez y ocho á veinte años, de una fisonomía agradable y dulce, que anunciaba una especie de candor, y que era el único que entre todos conservaba una perfecta tranquilidad. Aquel era el asesino. Fue interrogado con mucha afabilidad por Napoleón, sirviéndole de intérprete el general Rapp. Solo citaré algunas de sus respuestas, que fueron las que mas me admiraron.

—«¿Por qué me queríais asesinar?—Porque no

habrá paz en Alemania en tanto que vivais.—¿Quién os ha inspirado este proyecto!—El amor á mi país.—¿No obrábais de acuerdo con nadie?—Sí; con mi conciencia.—¿No sabíais los peligros á que os exponíais?—Sí lo sabía; pero me considero dichoso en morir por mi país.—Vos tenéis principios religiosos; ¿creéis que Dios autorice el asesinato?—Espero que Dios me perdonará, atendiendo á mis intenciones.—¿Se enseña por ventura esa doctrina en las escuelas á que habeis asistido?—Una gran parte de los que las han cursado conmigo se hallan animados de los mismos sentimientos, y dispuestos á sacrificar su vida por la salvación de la patria.—¿Qué haríais si os pudiese en libertad?—Os mataría.»

«La terrible sencillez de esta respuesta, la fria é inmutable resolución que anunciaban, y ese fanatismo tan fuera del alcance de todo temor humano, hicieron en Bonaparte una impresion, que creí tanto mas profunda, cuanto que manifestaba mayor sangre fria. Hizo retirar á todo el mundo, y quedé solo con él. Después de algunas reflexiones sobre aquel fanatismo tan ciego, me dijo:—«Es menester hacer la paz.» Esta narración del duque de Cadore merecía bien el ser citada entera.

Las naciones empezaban á hacer su leva, y anunciaban á Bonaparte un enemigo mas poderoso que los reyes; la resolución de un solo hombre del pueblo salvaba entonces al Austria. Sin embargo, la fortuna de Napoleón no quería volverle aun la cabeza. El 14 de agosto de 1809 en el mismo palacio del emperador de Austria, se firmó la paz; esta vez la hija de los Césares es la palma conquistada; pero Josefina había sido consagrada, y María Luisa no: con su primera esposa pareció alejarse del vencedor la virtud de la unión divina. Hubiera podido ser testigo en Nuestra Señora de París de la misma ceremonia que había visto en la catedral de Reims; las mismas personas figuraban en ella, excepto Napoleón.

Uno de los actores secretos que tuvo la mayor parte en la conduccion interior de este negocio, fue mi amigo Alejandro Laborde, herido en las filas de los emigrados y condecorado con la cruz de María Teresa en premio de sus heridas.

El 11 de marzo el príncipe de Neuchatel casó en Viena por poderes con la archiduquesa María Luisa. Esta salió para Francia acompañada de la princesa Murat: María Luisa iba adornada por el camino con el emblema de la soberanía. Llegó á Strasburgo el 22 de marzo, y el 28 al palacio de Compiègne. El matrimonio civil se celebró en Saint-Cloud el 1.º de abril. El día 2 el cardenal Fesch dió en el Louvre la bendición nupcial á los esposos. Bonaparte enseñó á esta segunda esposa á serle infiel, como lo había sido la primera, defraudando él mismo su propio lecho por su intimidad con María Luisa antes de la celebración del matrimonio religioso: desprecio de la magestad de las costumbres reales y de las leyes divinas, que eran un mal presagio.

Todo parecía concluido: Bonaparte obtuvo la única cosa que le faltaba: semejante á Felipe Augusto, aliándose con Isabel de Hainaut, confunde la última estirpe con la *raza de los grandes reyes*: el pasado se reúne al porvenir. Tanto en el pasado como en el porvenir es ya el dueño de los siglos, si quiere, por fin, fijarse en la cima; pero él tiene el poder de detener el mundo; mas no el de detenerse; marchará hasta conquistar la última corona que da valor á todas las demás: la corona de la desgracia.

La archiduquesa María Luisa dió á luz un niño el 20 de marzo de 1811; sancion supuesta de las felicidades precedentes. De este hijo, nacido como las aves del polo, al sol de la media noche, no quedará mas que un wals triste, compuesto por él mismo en Schönbrunn, y tocado por los músicos de las calles de París en los alrededores del palacio de su padre.

PROYECTOS Y PREPARATIVOS DE LA GUERRA DE RUSIA.—
APUROS DE NAPOLEÓN.

Bonaparte no veía ya enemigos; no sabiendo dónde tomar imperios, á falta de otro mejor había tomado el reino de Holanda á su hermano. Pero una enemistad secreta, que se remontaba á la época de la muerte del duque de Enghien, había quedado en lo profundo del corazón de Napoleón contra Alejandro. Una rivalidad de potencia le animaba, y sabía lo que la Rusia podía hacer, y á qué precio había comprado las victorias de Friedland y de Eylau. Las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, suspensiones de armas forzadas, una paz que el carácter de Bonaparte no podía soportar, declaraciones de amistad, apretones de manos, abrazos, proyectos fantásticos de conquistas comunes, todo esto no era más que aplazamientos de odio. Quedaba sobre el continente un país y capitales donde Napoleón no había entrado, un imperio en pie enfrente del imperio francés, y los dos colosales debían medirse. A fuerza de extender la Francia, Bonaparte se había encontrado con los rusos, como Trajano pasando el Danubio se había encontrado con los godos.

Una calma natural, sostenida por una piedad sincera desde que había vuelto á la religión, inclinaba á Alejandro á la paz, y jamás la hubiera roto á no haber ido á buscarlo. Todo el año 1811 se pasó en preparativos. La Rusia invitaba al Austria domada y á la Prusia á que se reunieran con ella en caso de ser atacada, y la Inglaterra llegaba con su bolsa. El ejemplo de los españoles había excitado las simpatías de los pueblos, y ya comenzaba á formarse el lazo de la virtud (Tugendbund), que oprimía poco á poco la joven Alemania.

Bonaparte negociaba, hacia promesas y dejaba esperar al rey de Prusia la posesión de las provincias rusas alemanas: el rey de Sajonia y el Austria esperaban obtener engrandecimientos en lo que aun restaba de Polonia; algunos príncipes de la Confederación del Rin soñaban en cambios de territorio á su conveniencia, y no había ningún país á quien Napoleón no pensase ensanchar, aun á la Francia misma, que ya se desbordaba sobre la Europa, pues pretendía aumentarla nominalmente con la España. El general Sebastiani le dijo: «¿Y vuestro hermano?» Napoleón replicó: «¿Qué importa mi hermano?» ¿Se da acaso un reino como la España?» El amo disponía por esta palabra del reino que tantas desgracias y sacrificios había costado á Luis XIV; pero no lo conservó mucho tiempo. En cuanto á los pueblos, jamás un hombre ha tenido cuenta con ellos ni los ha despreciado más que Bonaparte; él arrojaba trozos de ellos á la jauría de reyes que conducía á caza con el látigo en la mano: «Atila, dice Jornandés, llevaba consigo una multitud de príncipes tributarios, que esperaban con temor y temblando un signo del amo de los monarcas para ejecutar lo que les fuese ordenado.»

Antes de marchar á Rusia con sus aliados, el Austria y la Prusia, con la Confederación del Rin, compuesta de reyes y de príncipes, Napoleón había querido asegurar sus dos flancos que tocaban en las dos orillas de la Europa; negociaba dos tratados; uno en el Mediodía con Constantinopla, y otro en el Norte con Stockolmo. Estos tratados salieron fallidos.

Napoleón, en la época de su consulado, había reanudado inteligencias con la Puerta: Selim y Bonaparte habían cambiado sus retratos y seguían una correspondencia misteriosa. Napoleón escribía á su compadre con fecha de Ostende de 3 de abril de 1807: «Tú te has mostrado el digno descendiente de los Selim y de los Soliman. Confíame todas tus necesidades, pues soy bastante poderoso y bastante interesado

en tu ventura, tanto por amistad como por política, para no tener nada que negarte.» Encantadora efusión de dos sultanes charlando pico á pico, como hubiera dicho Saint-Simon.

Selim destruido, Napoleón vuelve al sistema ruso, y piensa en dividir la Turquía con Alejandro; y luego trastornado por un nuevo cataclismo de ideas, se determinó á la invasión del imperio moscovita. Pero hasta el 21 de marzo de 1812 no pidió á Mahamud su alianza, exigiendo repentinamente de él cien mil turcos á orillas del Danubio: por este ejército ofreció á la Puerta la Vajaquia y la Moldavia; pero los rusos se le habían adelantado: su tratado estaba á punto de concluirse, y fue firmado el 8 de mayo de 1812.

Los sucesos engañaron igualmente en el Norte á Napoleón. Los suecos habrían podido invadir la Finlandia, como los turcos amenazar la Crimea; por esta combinación, teniendo la Rusia dos guerras en sus brazos, se habría visto de la imposibilidad de reunir sus fuerzas contra la Francia; esto era la política en una vasta escala. Encerrándose Stockolmo en una política nacional, se arregló con San Petersburgo.

Después de haber perdido en 1807 la Pomerania invadida por los franceses, y en 1808 la Finlandia invadida por la Rusia, Gustavo IV había sido depuesto. Gustavo, leal y loco, ha aumentado el número de los reyes errantes sobre la tierra, y yo mismo le he dado una carta de recomendación para los padres de la Tierra-Santa; en la tumba de Jesucristo es donde uno debe consolarse. El tío de Gustavo fue puesto en el lugar de su sobrino destronado. Habiendo mandado Bernadotte el cuerpo de ejército francés en Pomerania, se había atraído la estimación de los suecos que pusieron los ojos en él. Bernadotte fue elegido para llenar el vacío que dejaba el príncipe de Holstein Augustembourg, príncipe heredero de Suecia nuevamente elegido y muerto Napoleón vió con disgusto la elección de su antiguo compañero.

La enemistad de Bonaparte y de Bernadotte era antigua; Bernadotte se había opuesto al 18 brumario, y en seguida contribuyó, por conversaciones animadas y por el ascendiente que ejercía en los ánimos, á aquellas indisposiciones que llevaron á Moreau ante un tribunal de justicia. Bonaparte se vengó á su manera. Después del juicio de Moreau, regaló á Bernadotte una casa, calle de Anjou, despojo del general condenado: por una debilidad entonces demasiado común, el cuñado de José Bonaparte no se atrevió á rehusar esta munificencia poco honrosa. Grosbois fue dado á Berthier. Habiendo puesto la fortuna el cetro de Carlos XII en las manos de un compatriota de Enrique IV, Carlos Juan se negó á la ambición de Napoleón, y pensó que le era más seguro tener por aliado á Alejandro, su vecino, que á Napoleón, su enemigo lejano: se declaró neutral; aconsejó la paz, y se propuso por mediador entre la Rusia y la Francia.

Bonaparte entra en cólera, y exclama: «¡El, el miserable, me da consejos, quiere imponerme la ley, un hombre que todo lo tiene de mi bondad; qué ingrato! ¡Pero yo sabré obligarle á seguir mi impulso soberano!» Consiguiente á estas violencias, Bernadotte firmó el 24 de marzo de 1812 el tratado de San Petersburgo.

No preguntéis con qué derecho Bonaparte trataba á Bernadotte de miserable, olvidando que él mismo no salía, ni de una fuente más elevada, ni de un origen diverso, la revolución y las armas. Este lenguaje insultante no anunciaba, ni la altura hereditaria del rango, ni la grandeza de alma. Bernadotte no era ingrato, pues nada debía á la bondad de Bonaparte.

El emperador se había transformado en un monarca de antigua raza, que todo se lo atribuye, que no habla más que de sí, y que cree recompensar ó castigar diciendo que está satisfecho ó descontento. Muchos

siglos pasados bajo la corona ni una larga continuación de sepulcros en Saint-Denis, no excusarían si quiera estas arrogancias.

La fortuna trajo de los Estados-Unidos y del Norte de Europa á dos generales franceses sobre el mismo campo de batalla, para hacer la guerra á un hombre contra el cual se habían primero reunido y luego separado. Soldado ó rey, nadie pensaba entonces que hubiese crimen en querer derrocar al opresor de las libertades. Bernadotte triunfó; Moreau sucumbió. Los hombres que desaparecen jóvenes, son vigorosos viajeros que hacen pronto un camino, que hombres más débiles acaban á pasos lentos.

EL EMPERADOR EMPRENDE LA EXPEDICIÓN DE RUSIA.—OBJECIONES.—FALTA DE NAPOLEÓN.

No fue por falta de advertencias por lo que Bonaparte se obstinó en la guerra de Rusia: el duque de Frioul, el conde de Segur, el duque de Vicence, que fueron consultados, opusieron á esta empresa una multitud de objeciones. «Apoderándose del continente, y aun de los estados de la familia de un aliado, decía valerosamente el último (*Historia del grande ejército*), no debe acusarse á este aliado de faltar al sistema continental. Cuando los ejércitos franceses cubrían la Europa, ¿cómo criticar á los rusos su ejército? ¿Sería preciso lanzarse más allá de todos esos pueblos de Alemania, cuyas llagas hechas por nosotros no estaban aun cicatrizadas? Los franceses no se reconocían ya en medio de una patria que no limitaba ninguna frontera natural. ¿Quién, pues, defenderá la verdadera Francia abandonada?—Mi fama, replica el emperador. Medea había suministrado esta respuesta. Napoleón hacía descender á sí la tragedia.

Alimentaba el designio de organizar el imperio en cohortes; su memoria era una confusión de tiempos y de recuerdos. A la objeción de los diversos partidos existentes aun en el imperio, respondía: «Los realistas temen más que desear mi pérdida; lo que más útil y difícil he hecho ha sido detener el torrente revolucionario, que todo se lo hubiera tragado. ¿Temeis la guerra por mis días? Matarme es imposible: ¿he cumplido, acaso, las voluntades del destino? Yo me siento empujado hácia un objeto que no conozco, y cuando lo haya alcanzado, un átomo bastará para destruirme.» También era esto una copia: los vándalos en Africa y Alarico en Italia, decían no ceder sino á un impulso sobrenatural: *divino jussu perungeri*.

La absurda y vergonzosa querrela con el papa, aumentando los peligros de la posición de Bonaparte, el cardenal Fesch le conjuraba á no atraerse á un tiempo la enemistad del cielo y de la tierra: Napoleón tomó á su tío de la mano, lo llevó á una ventana (era de noche), y le dijo: «¿Veis esa estrella?—No, señor.—Mirad bien.—Señor, no la veo.—¿Pues bien, yo sí la veo!»

«¿Vos también, decía Bonaparte á Mr. de Caulaincourt, os habeis hecho ruso.»

«Muchas veces, asegura Mr. de Segur, se le veía recostado en un sofá, sumergido en una meditación profunda; luego salía de ella de pronto como en sobresalto, convulsamente, y con exclamaciones, y creyendo oírse nombrar, exclamaba: «¡Quién me llama!» Cuando el Acuchillado tocaba á su catástrofe, subió sobre el terrado del castillo de Blois, llamado *Perche aux Bretons*: bajo un cielo de otoño, en una campaña desierta, extendiéndose á lo lejos, se le vió pasearse á grandes pasos, con movimientos furiosos. En sus vacilaciones saludables dice Bonaparte: «Nada está bastante preparado en rededor mio para una guerra tan lejana; es preciso retardarla tres años.» Y ofrecía declarar al Czar que no contribuiría ni de-

recta ni indirectamente al restablecimiento de un reino de Polonia: la antigua y la nueva Francia han abandonado igualmente á este fiel y desgraciado país.

Entre todas las faltas políticas cometidas por Bonaparte, este abandono es una de las más graves. Después de esta falta ha declarado que si no había procedido á un restablecimiento tan francamente indicado, era porque había temido disgustar á su suegro. Bonaparte era hombre que se detenía mucho por consideraciones de familia! La excusa es tan débil, que parece no darla sino para maldecir su matrimonio con María Luisa. Lejos de pensar sobre este matrimonio de la misma manera, el emperador de Rusia había exclamado: «¡Heme aquí relegado al fondo de mis bosques!» Bonaparte fue simplemente obcecado por la antipatía que tenía á la libertad de los pueblos.

Cuando la primera invasión del ejército francés, el príncipe Poniatowski había organizado tropas polacas, y se habían reunido cuerpos políticos. La Francia mantuvo dos embajadores sucesivos en Varsovia: el arzobispo de Malines y Mr. Bignon. Franceses del Norte, los polacos, valientes y ligeros como nosotros, hablaban nuestra lengua, nos amaban como hermanos, y se hacían matar por nosotros con una fidelidad que respiraba su aversión á la Rusia. La Francia los había perdido en otro tiempo, y le correspondía devolverle la vida: ¿no se debía nada á este pueblo salvador de la cristiandad? Yo lo he dicho á Alejandro en Verona.—«Si V. M. no restablece la Polonia, se verá obligado á exterminarla.» Suponer que este reino está condenado á la opresión por su posición geográfica, es conceder demasiado á las colinas y á los ríos; veinte pueblos rodeados de su solo valor han guardado su independencia, y la Italia, parapetada en los Alpes, ha caído bajo el yugo de quien ha querido libertarla. Mas justo sería reconocer otra fatalidad: á saber: que los pueblos belicosos, habitantes de las llanuras, están condenados á la conquista; de las llanuras han salido los diversos invasores de Europa.

Lejos de favorecer á la Polonia, se quiso que sus soldados tomaran la escarapela nacional: pobre como era, la cargaban con mantener un ejército francés de ochenta mil hombres; el gran ducado de Varsovia estaba prometido al rey de Sajonia. Si la Polonia hubiera sido reformada en reino, la raza eslava, desde el Báltico hasta el mar Negro, habría adquirido su independencia. Aun en el abandono en que Napoleón dejaba á los polacos, sirviéndose al mismo tiempo de ellos, pedían que se les pusiera en la vanguardia, y creían poder entrar sin nosotros en Moscovia: proposición inoportuna! El poeta armado, Bonaparte había reaparecido, y quería subir al Kremlin para cantar y firmar allí un decreto sobre los teatros.

A pesar de cuanto se publique hoy en alabanza de Bonaparte, de ese gran demócrata, hay que advertir que su odio hácia los gobiernos constitucionales era invencible, y no le abandonó ni aun después de haber entrado en los desiertos amenazadores de la Rusia. El senador Wibicki le llevó á Wilna las resoluciones de la dieta de Varsovia, y le decía en su sacrilega exageración: «A vos, que dictáis al siglo su historia, y en quien reside la fuerza de la Providencia; á vos corresponde apoyar esfuerzos que debéis aprobar.» El senador Wibicki venía á pedir á Napoleón el Grande que pronunciase estas únicas palabras: «Que el reino de Polonia exista,» y el reino de Polonia existirá. «Los polacos se pusieron á las órdenes del jefe ante quien los siglos no son más que un momento y el espacio un punto.»

Napoleón respondió: «Caballeros, diputados de la Confederación de Polonia: he oído con interés lo que acabáis de decirme. Polacos: *pensaré y obraré* como vosotros, y como vosotros tendré voto en la asamblea de Varsovia.

El amor á su país es el primer deber del hombre civilizado.

» En mi situación tengo muchos intereses que conciliar y muchos deberes que llenar. Si yo hubiera reinado durante la primera, la segunda ó la tercera partición de la Polonia, habría armado mis pueblos para defenderla.

» ¡Yo amo á vuestra nación! Durante diez y seis años he visto á vuestros soldados junto á mí en los campos de Italia y en los de España. Aplaudo lo que habeis hecho; autorizo los esfuerzos que quereis hacer, y haré cuanto dependa de mí para secundar vuestras resoluciones.

» Esto mismo os he dicho desde mi primera entrada en Polonia. Solo añadiré: que he garantido al emperador de Austria la integridad de sus dominios, y que no puedo sancionar ninguna maniobra, ningún movimiento que tienda á turbar la pacífica posesión de lo que resta de las provincias de la Polonia.

» Yo recompensaré ese patriotismo de vuestras comarcas, que os hace tan interesantes y os adquiere tantos títulos á mi aprecio y protección, por todo lo que pueda depender de mí en estas circunstancias.»

Así ha sido crucificada y abandonada la Polonia; han insultado cobardemente su pasión, y le han presentado la esponja empapada en vinagre cuando sobre la cruz de la libertad dijo: «Tengo sed, sitio.» Cuando la libertad, exclama Mickiewicz, se sienta sobre el trono del mundo, juzgará á las naciones, y dirá á la Francia: «Te he llamado, y no me has escuchado; ve, pues, á la esclavitud.»

«Tantos sacrificios, tantos trabajos, dice el abate Lamennais, ¿deben ser estériles? Los santos mártires, ¿no habrán sembrado en los campos de su patria sino una servidumbre eterna? ¿Qué ois en esos bosques? El murmullo triste de los vientos. ¿Qué ois pasar sobre esas llanuras? El pájaro viajero, que busca lugar donde reparar sus fuerzas.»

REUNION EN DRESDE.—BONAPARTE PASA REVISTA A SU EJÉRCITO.—LLEGA A ORILLAS DEL NIEMEN.

El 9 de mayo de 1812 salió Napoleon para el ejército, y se trasladó á Dresde. Allí fue donde reunió los resortes esparcidos de la Confederación del Rin, y donde, por la primera y última vez, puso en movimiento esta máquina, que él había fabricado.

Entre las obras maestras desterradas que echan de menos el sol de la Italia, tiene lugar una reunión del emperador Napoleon y de la emperatriz María Luisa, del emperador y de la emperatriz de Austria, y de una multitud de soberanos grandes y pequeños. Estos soberanos aspiran á formar de sus diversas córtes los círculos subordinados de la córte primera, y se disputan el vasallaje; uno quiere ser el escanciador del teniente de Brienne, otro su panadero. La historia de Carlomagno se pone á contribución por la erudición de las cancillerías alemanas.—«Una dama de Montmorency, dice Napoleon, se había bajado precipitadamente para atar las cintas de los zapatos de la emperatriz.»

Cuando Napoleon atravesaba el palacio de Dresde para pasar á un gabinete preparado, iba el primero delante y con el sombrero puesto; Francisco II seguía con el sombrero en la mano, acompañando á su hija la emperatriz María Luisa; la turba de príncipes marchaba confundida detrás en un respetuoso silencio. La emperatriz de Austria faltaba en la comitiva, pues se decía enferma, y no salía de su aposento sino en silla de manos para evitar dar el brazo á Napoleon, á quien detestaba. Lo que restaba de sentimientos nobles se había retirado al corazón de las mujeres.

Un solo rey, el de Prusia, se mantuvo al principio apartado.—«¿Qué me quiere ese príncipe! exclamaba Bonaparte con impaciencia. ¿No es bastante la im-

portunidad de sus cartas? ¡Por qué quiere perseguirme aun con su presencia! Yo no tengo necesidad de él.» Duras palabras contra la desgracia, pronunciadas la víspera del infortunio.

El gran crimen de Federico Guillermo cerca del republicano Bonaparte era haber abandonado la causa de los reyes.—«Las negociaciones de la córte de Berlín con el directorio, decía Bonaparte, fundaban en este principio una política tímida, interesada, sin nobleza, que sacrificaba su dignidad y la causa general de los tronos á pequeños engrandecimientos.» Cuando miraba sobre un mapa la nueva Prusia, exclamaba: «¿Es posible que yo haya dejado á este hombre tanto país! De los tres comisarios de los aliados que le condujeron á Frejus, el prusiano fue el único á quien Bonaparte recibió mal, y con el cual no quiso tener relación alguna. Hase buscado la causa secreta de esta aversión del emperador hácia Guillermo, y se ha creído encontrarla en tal ó cual circunstancia particular: al hablar de la muerte del duque de Enghien, creo haber tocado mas de cerca la verdad.

Bonaparte esperó en Dresde los progresos de las columnas de sus ejércitos: en esta misma ciudad, dirigiéndose Malborough á saludar á Carlos XII, distinguió sobre un mapa un camino que concluía en Moscú, y adivinó que el monarca tomaría este camino y no se mezclaría en la guerra del Occidente. Sin proclamar en voz alta su proyecto de invasión, Bonaparte no podía, sin embargo, ocultarlo. Con los diplomáticos hacia valer tres agravios: el ukase de 31 de diciembre de 1810, prohibiendo ciertas importaciones en Rusia, y destruyendo por esta prohibición el sistema continental; la protesta de Alejandro contra la reunión del ducado de Oldembourg, y los armamentos de la Rusia. Si no se estuviera acostumbrado al abuso de las palabras, sorprendería ver dar por causa legítima de guerra los reglamentos de aduanas de un Estado independiente y la violación de un sistema que este Estado no ha adoptado. En cuanto á la reunión del ducado de Oldembourg y á los armamentos de la Rusia, ya hemos visto que el duque de Vicence había osado representar á Napoleon la insuficiencia de estos cargos. La justicia es tan sagrada, y parece tan necesaria al éxito de los negocios, que los mismos que la atropellan pretenden no obrar sino según sus principios. Sin embargo, el general Lauriston fue enviado á San Petersburgo, y el conde de Narbonne al cuartel general de Alejandro, mensajeros de palabras sospechosas de paz y de bien querer. El abate de Pradt había sido enviado á la dieta polaca, y volvió apellidando á su amo *Júpiter-Scapin*. El conde de Narbonne refirió que Alejandro, sin abatimiento y sin jactancia, prefería la guerra á una paz vergonzosa. El Czar profesaba siempre á Napoleon un entusiasmo cándido; pero decía que la causa de los rusos era justa, y que su ambicioso amigo no tenía razón. Esta verdad, expresada en los boletines moscovitas, tomó el carácter del genio nacional, y Bonaparte fue considerado como el *Ante-Cristo*.

Napoleon salió de Dresde el 22 de mayo, pasó á Posen y á Thorn, y allí vió saquear á los polacos por sus otros aliados. Luego bajó el Vistula, y se detuvo en Dantzick, Königsberg y Gumbinnen.

Prosiguiendo su camino, pasó revista á sus diferentes tropas: á los soldados viejos les habló de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y con los jóvenes se ocupó de sus necesidades, de sus equipos, de su sueldo y de sus capitales: en este momento representaba á la bondad.

INVASION DE LA RUSIA.—WILNA.—EL SENADOR POLACO WIBICKI.—EL PARLAMENTARIO RUSO BALASCHOFF.—SMOLENSK.—MURAT.—EL HIJO DE PLATOFF.

Cuando Bonaparte atravesó el Niemen, ochenta y

cinco millones quinientas mil almas reconocían su dominación ó la de su familia: la mitad de la población de la cristiandad le obedecía; sus órdenes eran ejecutadas en un espacio que comprendía diez y nueve grados de latitud y treinta de longitud, y jamás se había visto, ni se verá una expedición mas gigantesca.

El 22 de junio proclama Napoleon la guerra en su cuartel general de Wilkowski: «Soldados: comienza la segunda guerra de Polonia; la primera terminó en Tilsit: la Rusia es arrastrada por la fatalidad, y deben cumplirse sus destinos.»

Moscú responde á esta voz, joven aun, por la boca de su metropolitano de edad de ciento diez años: «La ciudad de Moscú recibe á Alejandro, su Cristo, como una madre en sus brazos á su hijo querido, y canta ¡Hosanna!... ¡Bendito sea el que llega!» Bonaparte se dirigía al destino; Alejandro á la Providencia.

En la noche del 23 de junio reconoció Bonaparte el Niemen, y ordenó echar sobre él tres puentes. A

la caída del siguiente día algunos zapadores pasan el río en una lancha, y no encuentran á nadie en la otra orilla. Un oficial de cosacos, comandante de una patrulla, se acerca á ellos, y les pregunta quienes son: «Franceses.»—¿Por qué venis á Rusia?—Para haceros la guerra.» El cosaco desaparece en el bosque; tres zapadores tiran sobre él, y no les responden: silencio universal.

Bonaparte había permanecido todo un día acostado, sin fuerzas y sin reposo, conociendo que alguna cosa se retiraba de él. Las columnas de nuestros ejércitos avanzaron atravesando los bosques de Pilwisky á favor de la oscuridad, como los hunos conducidos por una cierva en los Palus-Meotides. No se veía el Niemen, y para reconocerlo era preciso tocar sus orillas.

En medio del día, en vez de batallones moscovitas ó de poblaciones lituanias saliendo al encuentro de sus libertadores, no se vieron mas que sables desnudos y bosques desiertos. «A trescientos pasos del río, y en la altura mas elevada, se distinguía la tienda de



JOSEFINA.

MARIA LUISA.

emperador. Enredador de ella, todas las colinas, sus pendientes, sus valles, estaban cubiertos de hombres y de caballos.» (Segur.)

El conjunto de fuerzas obedientes á Napoleon subía á seiscientos ochenta mil trecientos infantes, y ciento setenta y seis mil ochocientos cincuenta caballos. En la guerra de sucesión, Luis XIV tenía sobre las armas seiscientos mil hombres, todos franceses. La infantería activa, á las órdenes inmediatas de Bonaparte, estaba dividida en diez cuerpos. Estos cuerpos se componían de veinte mil italianos, de ochenta mil hombres de la Confederación del Rin, de treinta mil austriacos, veinte mil prusianos y doscientos setenta mil franceses.

El ejército atravesó el Niemen; el mismo Bonaparte pasa el puente fatal, y pone el pié sobre la tierra rusa. Detiénese, y ve desfilar á sus soldados, y luego huye de su vista y escapa á la ventura por los bosques como llamado á consejo por los espíritus entre los matorrales. Vuelve, y escucha; el ejército escuchaba también, y se cree oír retumbar el cañon lejano: estaban llenos de alegría, pero aquello no era mas que

una tormenta, de la cual se guareció Bonaparte en un convento abandonado: doble asilo de paz.

Se ha contado que el caballo de Napoleon se cayó, y que á él se le oyó murmurar: «Este es un mal presagio; un romano retrocedería.» Otro tanto dijeron Scipion, Guillermo el Bastardo, Eduardo III y Mallesherbes al salir para el tribunal revolucionario.

Tres días se emplearon en el paso de las tropas, que avanzaban en seguida precedidas por Bonaparte, á quien el tiempo gritaba: «¡Marcha, marcha!» como diría Bossuet.

En Wilna recibió Bonaparte al senador Wibicki de la dieta de Varsovia: un parlamentario ruso, Balaschoff, se presenta á su vez, y declara que aun se podía tratar; que Alejandro no era el agresor; que los franceses se encontraban en Rusia sin ninguna declaración de guerra. Napoleon responde que Alejandro no es mas que un general de parada, que no tiene mas que tres generales; Kutusoff, del cual no se cuida Bonaparte porque es ruso; Benigsen, ya demasiado viejo hace seis años, y ahora niño, y Barday, general de retirada. Habiéndose creído insultado el du-